

("El Correo", Valencia, 9 junio 1900).



# ¡ DE STRAUSS!

Fué en cierta ocasión á confesarse una joven con un fraile allá en una villa de las Provincias Vascongadas, y en el curso de la confesión se entabló un diálogo por el estilo de éste:

- ¿Has ido alguna vez á algún baile?
- Sí, padre.
- Y habrás bailado, ¿claro está!
- Sí, padre.
- Hm... hm... ya te tengo dicho que no me gusta eso de los bailes; son por lo menos peligrosos. ¿Y has bailado valsés?
- Sí, padre.
- ¿Conque también valsés?
- También valsés...
- ¿De Strauss?, ¿eh?, ¿de Strauss?

No sé lo que contestaría la joven del sucedido, que es rigurosamente histórico, tal como en su familia por tradición se conserva. Porque el hecho ocurrió hace ya años, cuando metía ruido por el mundo el famoso Strauss, autor de la *Vida de Jesús*, tan comentada en su tiempo como lo fuera la de Renán más tarde. Y sonaba á la vez aquel otro Strauss músico, cuyos





vales apenas hay hoy bailarín que no los haya bailado. Y el bueno del fraile de Vergara que oyó hablar y maldecir del protervo Strauss que trataba á Cristo poco más que de mito, se escandalizaba de que pudiese alguien bailar sus vales, vales infernales sin duda.

Este sucedido me recuerda otro. Cuando se trajo al castellano la famosa *Geografía* de Eliseo Reclus, fueron muchas las personas que se suscribieron á ella. Andando el tiempo me encontré una vez en Bilbao con un librero de viejo que había ido á vender y comprar libros usados, y charlando con él me dijo que desde que se había hecho público que Reclus era anarquista, eran muchos los que se deshacían de su *Geografía*, vendiéndola á cualquier precio. *Geografía* de anarquista... ¡horror! Y al punto me acordé del fraile de Vergara y me dije para mi capote: ¡de Strauss; eh, de Strauss!

Uno y otro sucedido son altamente sintomáticos y reveladores de una de las más profundas llagas de nuestra vida social. A cada momento, cuando oigo proscribir ciertas obras ó negar inteligencia á ciertos escritores, me digo: vales de Strauss; ¿no es así? de Strauss.

«¿Qué ideas tiene?» es la primera pregunta que aquí se oye al tratarse de algún escritor.

La condenada Inquisición nos la quitaron como quien quita un tumor, pero fué para meternos en las entrañas y que nos inficionara la sangre. Nos ha sucedido como á aquellos á quienes les cierran una fuente, pero es para dejarlos ciegos.

Sí, me atrevería á defender la Inquisición como una válvula de escape. No fué más que un absceso, pero su causa era una diatesis general, un estado de la sangre que dura y perdura. Espíritu inquisitorial respira casi todo español, y no menos, ciertamente, los que más claman contra la antigua Inquisición.

Las ideas: he aquí la preocupación de los más de los españoles que leen algo.

«Ferrer tiene las ideas», dicen los de cierta secta para dar á entender que el tal Ferrer piensa como ellos. Los que no tienen las ideas son unos imbéciles, ó unos ignorantes, ó unos granujas, ó unos espíritus débiles.

—¿Qué es eso?...





—¿Un poema!

—¿Un poema? ¿de quién?

—De Martínez Pérez.

—¿De Martínez Pérez? ¿de ese oscurantista?, de ese retrógrado?, ¿de ese chupa-cirios? (O por el contrario: ¿de ese del *libre pienso*?, ¿de ese petrolero?) ¡bueno será el poema!

Es decir: ¿vales de Strauss?, ¿eh?, ¿de Strauss?

«Los que todo lo ven claro son espíritus oscuros»—me decía una tarde el gran poeta portugués Guerra *Duqueiro*. Y ¡cuánto espíritu oscuro hay entre nosotros!, ¡cuánto espíritu esclavo de las ideas de que cree ser dueño!

Es la más alta, la más noble, la más regeneradora campaña que aquí hay que emprender: la campaña contra la tiranía de las ideas, base y fundamento de la tiranía de los hombres. Hay que repetir á todas horas y en todos los tonos que no hay ideas buenas ni malas; que hablar de ideas buenas ó malas es como hablar de sonidos azules ó de sabores hexagonales. Hay que repetir sin descanso que es del hombre que las adopta de quien el bien ó el mal brotan; y no que las ideas le hagan bueno ó malo; que una misma idea puede servir de enseñanza al verdugo y á la víctima; que debemos ser dueños y no esclavos de ellas.

No hagamos con las ideas lo que Spencer, á propósito de lo que hacen ciertos estilistas y filólogos con el lenguaje, recuerda que hicieron con el arado de vertedera unos indios. Los cuales, al ver las maravillas que aquél obraba, lo pintorrajearon y adornaron, y erigiéndole en un altar, le rindieron culto. Antes de ahora lo he dicho: en vez de hacer de los arados ídolos, hagamos de nuestros ídolos arados; bajemos los del altar en que se roñan sin provecho y surquemos con ellos la tierra. Nada más profundamente cristiano que emplear un crucifijo para labrar la tierra. Y hagamos de las ideas, que son arados ante todo y sobre todo, útiles de labranza espiritual, y no ídolos en cuyas aras inmolemos á los que no quieran rendirlas culto sino aprovecharlas.

No son las ideas el fin del hombre, sino éste fin de aquéllas. Cuando oigamos un vals, á bailar, sin preguntarnos si es ó no de Strauss.

Miguel de Unamuno.

/// Jun

